

NEGRO EN LA NOCHE

Pedro VÍllora

*Lady Night lo envuelve en sus brocados
y lo lleva en volandas a orgías increíbles*

ANTONIO MARTINEZ SARRION: *Spleen*

Seguían los pasos. Después de tanto tiempo seguían los pasos. Oía el choque de los zapatos contra el suelo como el tic-tac del reloj de los condenados, condenados a morir. Y el ruido que estaba allí. La noche y el ruido estaban allí, detrás. Un paso, y un paso, un nuevo paso, y otro, y más. Tap, tap. Seguían los pasos.

Sus ojos se habían deslizado por las tapas de los libros; a veces se detenía en alguno concreto, pero siempre otro la llamaba y olvidaba el anterior. Con sus títulos medio borrados lanzaban llamadas de ayuda a quien las quisiera recoger; la súplica tendida al infinito. Sara oía los libros; escuchaba sus gemidos y llantos, y lloraba ella también: habría querido socorrerlos a todos, poder leerlos a todos, pero era incapaz, y esa conciencia de la imposibilidad, su limitación, su carencia, la atormentaba, relegándola a un plano de dolor y ansiedad. El conocimiento, el impulso de saber hasta las últimas consecuencias, se había implantado firmemente en su interior.

Sara se hallaba allí, de pie ante los libros. Desde algún rincón de la biblioteca un rumor de cuchicheos infantiles coloreaba la paz grisácea del severo lugar. También ella fue niña; también ella consideró un día la biblioteca como un dador de diversión. En aquel entonces sólo acudía para coger libros de colores, pequeñas aventuras que olvidaba fácilmente; era cuando todo el recinto se reducía al espacio de la sala infantil. No había más. Los grandes salones de altas estanterías y libros de colores fríos constituían un mundo aparte, inaccesible, enigmático; un mundo extraño en el que nunca sería capaz de entrar.

Pero sí entró. Impulsada por la curiosidad, por el misterio que envolvía aquellos espacios oscuros como una niebla, una bruma, un velo delicuescente dejado caer sobre el lugar... Con el corazón latiendo nerviosamente en su pecho, Sara recorrió los pasillos permitidos entre los volúmenes con timidez y cautela. Movía su cabeza en todas direcciones, y miraba las líneas discontinuas y caprichosas del contorno de los libros. Algo en ella le decía que estaba haciendo algo prohibido, y temía que una mirada reprobatoria la sorprendiese en su delito; pero nadie parecía percatarse de su presencia, y Sara quedaba extrañada y, tal vez, defraudada de que los señores

que encontraba en su camino no le recordasen el valor de los libros y la amenaza que un mal uso sobre ellos podía representar. Así ocurría en la sección infantil. Aquí no; aquí los libros imponían tal respeto que nadie se atrevería a profanarlos; ella tampoco, ¿o quizá sí?; coger un tomo cualquiera; es el miedo a macular las níveas páginas con el sudor de sus manitas minúsculas; apartar la tapa y las hojas en blanco; cubrir con la mirada *parte primera, capítulo primero*; y sumergirse en la honda laguna de las letras impresas mientras la niebla se disipa descubriendo un nuevo mundo luminoso de color.

Se decidió. Liberó un libro del abrazo de sus compañeros y lo condujo en dirección a la salida. Había seleccionado, y toda selección le parecía una traición hacia los que quedaban, porque los libros no eran cosas, no eran trozos de papel; los libros tenían sentimientos, necesitaban ser leídos para poder vivir, para poder ser, y ser en conocimiento de su existencia. Los libros no podían subsistir en soledad; necesitaban la compañía de alguien que los leyera, que comprendiera sus necesidades; necesitaban a Sara.

Y Sara los necesitaba. Sara había abandonado la compañía de los hombres sólo por ellos. Sara traicionó su naturaleza para entregarse por completo a estudiar el misterio de los libros; el misterio que la ayudaría a soportar el peso de su soledad; la soledad a que ella misma se había destinado.

Se paró junto al mostrador. Entregó el libro al hombre que estaba tras él. El hombre, joven, estampó el sello de salida en la hoja señalada. Ahora el libro quedaba en poder de Sara.

El hombre de la biblioteca vio partir a Sara, quien llevaba bajo el brazo la preciada posesión. Nunca habló con ella; presentaba los libros y mostraba su carnet, pero nunca decía nada. Daba igual, él la conocía. La había contemplado muchas tardes en sus paseos. Había escuchado el ruido de sus tacones sobre el silencio cerebral. Siempre era igual: vagaba por los pasillos buscando algo que nunca parecía encontrar. No debía saberlo; el hombre tampoco conocía los motivos ni el por qué. Había admirado su silueta recortada por la luz de una ventana, y estaba convencido de que en su búsqueda incansable no sospecharía el deseo que podía producir. No sabía si la amaba, mas miraba con envidia los libros que tocaron sus manos, manos que él quería para sí.

Ella no veía nada. Con la gloria de su saber no veía nada. Pasaba ausente por la vida en la ignorancia del para qué de la existencia humana. Había estudiado con fruición el vasto acervo de las relaciones entre personas... en los libros; pero no había sabido aplicar estos conocimientos a la realidad; a su lado estaba el complejo mundo de las pasiones, y no lo sabía. Dedicada por entero a una sola misión, olvidó por completo lo esencial: olvidó la vida, olvidó el mundo.

Salió de la biblioteca con el libro en la mano y bajó la escalera que llevaba de la puerta a la calzada. Detrás de su cabeza, un dosel sonrosado con retazos azules y dorados enmarcaba el perfil de la ciudad. Eran los avisos de la noche que anunciaba su llegada. Las altas construcciones proyectaban su sombra a la lejanía. Y bandadas de oscuras aves surcando el cielo...; y hordas de perros salvajes cortando el suelo... De los ventanales brotaban resplandores rojizos. El viento impetuoso creaba nubes de polvo y tierra y la música del universo se enroscaba en los besos de los amantes. Pero Sara no veía nada, no existía nada, salvo los libros... y el camión.

Sus dedos se habían deslizado por las tapas de los libros. Las rugosidades de antiguos tomos en rústica le produjeron una impresión desagradable. A veces, una línea cortada y profunda en la piel le sugería deficiencias de trato: alguien que no supo cuidar convenientemente el libro que le habían prestado. Otras veces hallaba rozaduras, quizá inducidas por el paso del tiempo y las muchas manos. ¡Ah, las manos! Ahora sabía apreciar en plenitud los misterios del tacto físico. Moldear la vida con las manos; iniciar la unión con el mundo por las manos. Sara hallaba un nuevo placer en el uso de las manos; un placer casi sensual.

Nuevos datos acudían a su mente; datos que tal vez existían desde siempre, pero que nunca hasta ahora había logrado recoger. En un tiempo pasado, los datos quedaban almacenados en algún lugar de su cerebro, pero ella no se daba cuenta; era el tiempo en que no sabía nada, nada.

Sonó la alarma del reloj: ya era hora de marcharse. Así el tiempo pasaba de un modo tan extraño al que no lograba acostumbrarse; ¡fue tanto el tiempo que pasó viviendo distinto! Entonces la prisa regía su universo: prisa por leer, prisa por morir leyendo. Tanto, tanto mal había en las costumbres de los hombres... Ahora ya no, ahora era distinto. Ahora descubría nuevos sentidos, nuevas emociones, quizá porque ahora no podía leer, y el tiempo adoptaba nuevos significados, nuevas concepciones. Era el tiempo el artífice de la vida, la ayuda para medir momentos de actividad. Ya no era un mal que robaba el tiempo a la vida, sino quien lo entregaba produciendo tiempos para gozar y disfrutar.

Sara había ido a la biblioteca para recordar, y lo estaba consiguiendo; por su memoria desfilaban retazos del pasado cuando ella sentía incertidumbre ante los libros; cuando todo su ser estaba dedicado a los libros, no a los hombres.

Lento fue el camino a la salida, porque los detalles no estaban en su mente grabados con seguridad, y lo lamentaba. De espacio apenas recordaba nada; nunca prestó atención a los lugares en donde vivía. De todo aquello sólo quedaban sombras borrosas. Si se hubiese fijado en el entorno; si hubiese escuchado los sonidos; si hubiese distinguido los olores; si...; si...; si...; y no tener que aprenderlo todo.

¡Qué grande la vergüenza de no haberse interesado en las cosas esenciales! Pero aún podía enmendarlo, se dijo.

Cuando Sara bajó aquel día las escaleras de la biblioteca, la puerta se cerró tras ella impulsada por el muelle. Anduvo por la acera sin mirar a su alrededor, sin ver nada, pensando únicamente el libro que iba a leer. Caminando sobre viejas zapatillas, Sara presentaba un aspecto desarreglado. Poco era el amor que por ella sentía, y poco era el que tenía a los demás. Despreocupada por completo de las relaciones sociales, descuidaba su aspecto físico por considerarlo irrelevante. De nada servía la belleza exterior porque sólo en la mente se hallaba la verdadera pureza, aunque esa creencia sólo fuese la suma de múltiples teorías que pretendía haber asimilado a fuerza de lecturas. Todas las otras cosas, todas las otras gentes, eran sólo apariencia, meras copias de un nivel superior eidético del que no sospechaban la existencia, porque carecían de las preguntas e inquisiciones que ella se hacía y que sólo los libros podían contestar, y aunque en el hospital serían muy buenos con ella, no evitaba la repulsión que el contacto de otros seres que contaminarían su verdad nunca manchada le llegaba a producir; por eso, al abandonar la biblioteca no vio nada, porque no quería ver nada, y sólo en un último instante se dio cuenta del camión que se abalanzaba sobre ella y que un ser, sucio y humano, sin conseguirlo hacía esfuerzos por parar.

La biblioteca olía a inteligencia e insecticida, y efluvios plásticos partían de los libros jóvenes. Había olores secos donde los libros teológicos y olores húmedos en las novelas sentimentales. Había olores de pelos largos y barba incipiente, y olores de cabezas calvas y rostro rasurado; olores ajados de viejos doctores y olores frescos de niños e infancia. Se mezclaba la fuerte colonia de hombres viriles con el delicado de las jovencitas, y el sudor avinagrado del independentista le daba la mano a la antiparasitaria de los pequeños rapados.

Sara atravesó los pasillos y las salas con los sentidos atentos a la captación de sensaciones, y su nuevo caminar era observado por el hombre de la biblioteca, sentado tras el viejo mostrador. Alguien cerró con violencia un pesado volumen y el ruido se dispersó por el espacio hasta llegar a Sara, que se estremeció. Lo que antes habría sido una pequeña molestia, imperceptible e impercibida, la había sorprendido de manera inusitada.

Lo aprendió en la estancia en el hospital, al advertir el culto que se hacía al cuerpo. Ella siempre había sentido desprecio por esta parte del hombre, pues era sólo un accidente del destino que debía superar, pero en el hospital las cosas no

eran como pensaba. Allí, lo físico cobraba una importancia que en ella no tuvo, y se valoraba a la persona como tal, íntegra.

Había necesitado el accidente para conocer la realidad de los hombres. Sin poder leer, sin poder ver nada, le fue necesario aguzar sus otros sentidos para conectarse con la vida. Si en un principio le pareció una desgracia enorme, un retroceso insalvable, después se dio cuenta de que no era así, de que había sido el impulso imprescindible para alcanzar la verdad deseada. Y lo supo cuando, dejando a un lado su inhibición, su egocentrismo, comenzó a escuchar las conversaciones ajenas: las visitas de los otros enfermos le proporcionaron la seguridad de que había carecido; por ellas descubrió que la gente también tenía sentimientos, que tenía deseos y ambiciones, que eran diferentes; cada persona expresaba una idea distinta, una vida distinta, una apetencia distinta; cada persona era un mundo de afecciones, de tonalidades cromáticas en su voz. No era ella el centro del mundo, en todo caso sería un mundo extraño y artificial; sí lo era, en cambio, la comunicación que se establecía entre los hombres, el sustrato imprescindible para la existencia de la vida.

No lo había conocido en su vida anterior porque fue incapaz de escuchar, porque sólo veía sin ver. Ahora, cuando saber escuchar era tan necesario, todos sus esquemas sufrieron un cambio radical para adaptarse a la nueva realidad.

Tanteó con el bastón los escalones de bajada. Con la inseguridad de la inexperiencia, descendió cautelosamente hasta la acera. Un charco de aceite reciente impregnaba el ambiente con su hedor. Moviendo el bastón de derecha a izquierda y de izquierda a derecha cercano al suelo, inició el caminar en dirección a su casa. Los otros transeúntes se apartaban para dejarle el camino libre. Sara oía los pasos a su lado, oía multitud de pasos, todos distintos. Los pasos revelaban gente, personas que se dirigían a lugares extraños para ella, pero importantes para cada cual. Sí, sí, lo sabía; conocía por fin el proceso afectivo y era capaz de aplicarlo.

Había muchas distinciones entre los pasos: pasos rápidos, cortos, apresurados, pasos lentos, pausados, arrastrados; toda la gama posible de pasos pasaba junto a ella.

Las calles debían estar muy concurridas esa noche: era mucha la gente que notaba; gente de diversa condición: podía reconocer a los borrachos por el aliento y por sus voces embrutecidas, a las viejas rameritas por sus gritos chillones y colonia barata; de un bar se oyó ruido de lucha y cristales rotos. Quizá no debió haber ido a la biblioteca, después de todo; no tenía nada que hacer allí; sólo fue para traer al presente momentos pasados, cuando ella buscaba afanosamente no sabía qué. Estuvo mucho tiempo, hasta que el reloj le señaló que era hora de marcharse, justo cuando el encargado se acercaba para decirle que ya debía cerrar. Cuando aún no se había alejado mucho de la biblioteca oyó el golpe de la pesada puerta al juntarse sus dos hojas. Probablemente era el hombre de la biblioteca quien estaba cerrando, quien había hecho girar los paneles sobre sus goznes y dado vueltas a la llave del picaporte. Tampoco podía recordar la cara ni el aspecto del hombre de la

biblioteca; tal vez nunca se habían mirado frente a frente. No, seguramente no; sólo se había fijado, y tampoco mucho, en sus manos cada vez que le entregaba los libros; esas manos blancas y afeminadas, con largos dedos repugnantes que parecían lombrices o tentáculos de pulpo. Era mejor desechar esas imágenes desagradables cuando había otras cosas que podía recordar; otras cosas, sí, pero ¿qué?

El hombre de la biblioteca se sorprendió al verla entrar, pues no sabía qué podía hacer alguien así en una biblioteca.

La había visto por última vez el día del accidente, en el momento de cerrar, cuando el camión patinaba sobre el hielo de la calle y se la tragaba bajo las ruedas.

Un nutrido grupo de personas se reunió en torno a ella. Una mancha de sangre en el suelo iba agrandándose bajo su cabeza, y con el tibio calor derretía el hielo. Una ambulancia que alguien había llamado se acercó en seguida precedida por el ulular de la sirena. Los enfermeros bajaron y la pusieron en una camilla tras comprobar su estado. Subieron en el vehículo y se alejaron rumbo al hospital. Pequeños copos de nieve comenzaban a caer.

Él también se acercó al grupo e informó de quién era ella. Sus ojos recogieron las formas inertes de su cuerpo, como habían hecho antes, cuando ella estaba en la biblioteca. La lujuria de pensar qué sería violar a una muerta. Habría sido rápido entrar en su oficina y llamar a la ambulancia desde allí, pero no lo hizo; dejó que un extraño llegara a una cabina y lo hiciera en su lugar. El quería estar admirando el cuerpo que no había tenido y que tampoco tendría nunca. Hubiera sido agradable poseer sus redondeces voluptuosas, entrar en ella con violencia y desgarrarla en mil gemidos, pero no era bueno seguir pensando en eso, atormentarse con placeres inalcanzables y someterse a deseos inconscientes. No era bueno, debía dejar de imaginar, debía dejar de hacer muchas cosas, pero no dejaba.

Abandonó las calles concurridas y entró en otras solitarias. Se estaba acercando a su casa, aprendiendo todavía los caminos hasta llegar a conocer todos los baches, todas las grietas, todos los vericuetos. Ahora que disponía del tiempo del mundo gustaba de espaciar los paseos en torno a su hogar para recoger todos los efectos sensoriales que se hallaban cerca y que siempre habían pasado desapercibidos; ahora quería conocer el entorno en que había vivido, en que seguía viviendo; quería reparar sus errores, todos sus errores; quería ser.

Se había evadido por completo y no se había percatado de que seguían pasos detrás de ella. Las calles donde la gente hacía la vida nocturna se quedaron atrás y nadie acostumbraba a deambular por estos otros rincones de la ciudad; sin embargo, alguien dejaba oír sus pasos a no mucha distancia de donde ella estaba. Sarta se había encontrado antes con esa forma de caminar, sí, pero no sabía dónde,

¿o sí? Sí, claro, fue en las otras calles, antes de que la multitud de pasos desfilara alrededor de ella, al salir de la biblioteca. Sí, era igual, la misma pausa entre las pisadas e idéntica violencia en la unión entre suelo y suela; pero lo había oído poco tiempo, pronto se confundió en el estrépito de la gente y los ruidos de la gente, aunque el rítmico golpeteo quedó suspendido en la mente algún tiempo. Sí, era fácil identificar este estilo de caminar con quien la siguió desde la biblioteca, estaba su huella impresa en la memoria.

Podía ser casualidad el que estuviesen haciendo el mismo recorrido, que de un remoto sentido le llegasen mensajes intraducibles, que sus instintos primitivos ordenasen descarga de adrenalina; podía ser casualidad, sí, pero podía no serlo...; podía ser muchas cosas, pero ella sólo sabía que tenía miedo.

Pequeñas gotas rodaban por la piel de su cara, enfriando el ardor que sentía en las mejillas. Llovía, pero no era ni siquiera lluvia, sólo unas pobres chispas que no llegaban al suelo y que no apagaban el ruido de los pasos que la perseguían por el túnel oscuro.

Ignoraba quién sería aquella persona que permanecía siempre a la misma distancia, sin alterar esa marcha constante. Ignoraba qué querría de ella, si acaso la estaba siguiendo, como así creía. No podía tener nada en contra suya, en contra de ella, ahora que quería formar parte del mundo, que necesitaba ser del mundo; ahora que había abandonado buscar la verdad en los libros para encontrarla en la vida. Ahora todos debieran alegrarse por tener una nueva compañera; eso debía ser importante; una hija pródiga que volvía con los suyos; que regresaba a un hogar del que no tendría que haber salido nunca. ¿Por qué no querían entenderlo? ¡También ella era humana!

Resbaló en una bolsa de plástico y estuvo a punto de caer, pero quien cayó fue el bastón de su mano. Temblando por los nervios se agachó para recogerlo, y en ese momento se pararon los pasos. Tanteó el frío suelo con las manos extendidas, pero no lo encontraba. Un olor dulzón de basura podrida llegaba de algún sitio cercano. Los pasos reanudados volvieron a escucharse en el otro lado de la calle, y Sara olvidó el bastón y huyó. Corría con los pies sobre el suelo y con las manos en la pared. No necesitaba el bastón, todo era recto hasta la casa, hasta el portal que siempre había sido oscuro.

Los pasos aumentaron de rapidez. Se estaba acercando, echándose encima casi, y se hacía muy difícil salir de allí. Sara proseguía desesperadamente su carrera, pero los pasos se oían cada vez más cercanos, junto a ella, a su lado.

La puerta de la calle estaba abierta; el muelle que la sostenía fallaba y no impulsaba con la suficiente fuerza para cerrar por sí solo. Sara entró precipitadamente, subió hasta el primer piso apoyándose en la barandilla; allí estaba su casa, allí se encontraría a salvo. Buscó la cerradura pasando la mano por la madera de la puerta e introdujo la llave. Alguien encendió la luz del portal, y Sara oyó el chasquido del interruptor al conectarse. Estaba abajo.

Sara abrió la puerta, pasó y se apoyó sobre ella para cerrarla, pero un empujón la lanzó contra la pared opuesta, chocando con una estantería y desparramando los

libros por el suelo. Los pasos entraron y se abalanzaron sobre ella. Sara se sintió tirar encima de los libros y que una mano suave y sudorosa hurgaba en su cuerpo.

El hombre era fuerte y Sara no podía nada contra él. Se tumbó sobre ella e intentó separarle las piernas. Sara se revolvía mientras los libros se clavaban en su espalda. No podía verlo, no sabía quién baboseaba su cara, quién rodeaba su cuello con manos frías y viscosas, quién pretendía introducirse con violencia en su cuerpo, en el cuerpo de ella, que no había hecho nada, que no tenía pecado; ella, que había estado muerta pero que vivía otra vez. No merecía ese trato, no ahora que estaba llena de ilusión y de futuro. No podía volver a morir tras haber despertado a la vida; no era justo que ese hombre la destrozase tan joven; ese hombre al que no conocía, ese hombre a quien no hizo ningún mal; ese hombre que la había dejado sola en la oscuridad, con la cabeza colgando flácida de su cuello amoratado, y con un hilillo de sangre saliendo de entre los labios. Ese hombre que la había matado y no sabía por qué.

Negro en la noche. Un hombre con manos de largos dedos se aleja silbando una canción. Se oye el eco de sus pasos en el silencio de las calles solitarias.